

LA REALIDAD LATINOAMERICANA

David Ibarra
Palacio Minería
26 de febrero de 2015

Desde tiempo atrás, la CEPAL identificó el estrangulamiento externo, esto es, el viejo ordenamiento centro-periferia, como uno de los tres escollos fundamentales para el bienestar latinoamericano. Los otros serían la debilidad y las distorsiones institucionales y, por último, la heterogeneidad de las estructuras productivas propias.

Frente a esos problemas estructurales, los economistas latinoamericanos plantearon salidas que por un tiempo favorecieron a la región: la sustitución eficiente de importaciones, el desarrollo industrial y la integración económica de países. En paralelo, se respaldó el intervencionismo estatal, la reestructuración de las finanzas públicas, de los sistemas impositivos y la reforma agraria para validar la acción estatal que habría de liberarnos de ataduras internas y externas.

Después del auge latinoamericano entre 1940 y 1970, el orden económico internacional se altera y crea la expectativa que la apertura de mercados, la desregulación, resolverían permanentemente la dinámica del crecimiento y el estrangulamiento crónico de pagos.

América Latina al abrir sus economías al exterior adoptó dos grandes tipos de estrategia exportadora con resultados favorables durante pocos años. Los países del Sur (Argentina, Chile, Brasil, Perú), al incorporarse al libre comercio, pudieron restaurar ritmos de crecimiento y corregir algunos desequilibrios internos mediante el aprovechamiento de condiciones excepcionalmente favorables en la producción exportable de materias primas. Otro segmento importante de naciones

del continente (México, Centroamérica, el Caribe), procedió con éxito también temporal a seguir a la de la colocación de productos semi-industrializados con el régimen de maquiladoras que en varios casos se combinaron con ventas tradicionales también de materias primas.

En el caso de los países exportadores de productos básicos (alimentos, minerales, energéticos, entre otros), se aprovechó con creces la capacidad regional de producción durante buena parte de la década de los noventa y después ello se combinó con el “boom” internacional de precios de materias primas para elevar el producto y el empleo de los países y sacarlos de la década perdida de los años ochenta. Sin embargo, salvo el período 2003-2006, en que se acentúa el alza de los precios de las materias primas, en el resto de los diecinueve años que median entre 1993-2013, los saldos de la cuenta corriente latinoamericana resultaron negativos.

Algo similar ocurrió en las naciones adherentes al modelo maquilador. México, el país dominante en la materia, vio crecer apreciablemente sus exportaciones alentadas también por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y la colocación de productos petroleros. Así, las exportaciones subieron al 18% anual entre 1993 y el año 2000 y al 12% de extenderse el período de análisis hasta 2011. Sin embargo, las compras al exterior siguieron una evolución análoga, sin resolver el estrangulamiento estructural de pagos. Las expectativas del cambio de políticas no se cumplieron, aunque circunstancias excepcionalmente favorables permitieron a América Latina salir de la década perdida de los años ochenta. Pero algo se perdió, mucho, en el proceso y nada se puso en reemplazo: las viejas ideas independentistas de la política industrial, de la integración regional para romper la estrechez de los mercados nacionales, de la modernización de los sistemas impositivos, de la preocupación por mejorar la política social y la distribución del

ingreso, en una palabra, la idea de ser más autónomos de las metrópolis y más respetuosos de las demandas ciudadanas.

Y hoy, después del último ensayo, nos encontramos frente a los añejos problemas de dependencia y del atraso, pero dentro de un orden internacional radicalmente distinto con tratados y regulaciones internas y externas que condicionan mucho más la autonomía de los gobiernos. En 2010, esto es, muy pronto, se agotaron los márgenes para emprender acciones contracíclicas a partir del receso mundial de 2008. En el año en curso se cumple el segundo año de crecimiento latinoamericano negativo, que incorporará caídas espectaculares, como de más del 7% Brasil proyectada al bienio 2015-2016 (FMI).

El comercio internacional creció apenas 1.5% en 2015 y se espera que quede otra vez por debajo del crecimiento de las economías. Entonces, más que correa de transmisión de la prosperidad, el intercambio mundial transmite receso y contagios depresivos. Es, el principio del fin de las estrategias de desarrollo fincadas en la captación de la demanda externa mientras se concentra el ingreso en lo interno.

El estrangulamiento de la balanza de pagos persiste, ahora agravado por la perspectiva de la reducción de flujos financieros externos. La inversión extranjera directa viene cayendo desde 2013 y la colocación de bonos bajó casi 60% en el último año, mientras se contrajo la inversión de cartera.

Las devaluaciones monetarias inevitables, y ya generalizada, tarde o temprano se transmitirán al sistema de precios dados los altos coeficientes de importaciones o se traduciría en una reducción de utilidades e inversión de la mayoría de las empresas que resulten afectadas. Eso acentuará la desaceleración de la inversión (-4.2% en 2015) y del consumo privado. El empleo urbano está débil, cayó 10% en

2015. Los ingresos de los gobiernos centrales comienzan a reducirse por receso y ajuste de gastos.

Entonces no podría afirmarse que haya mejorado la inserción latinoamericana en los mercados globales ni sus perspectivas de bienestar. La dependencia de las exportaciones de materias primas se acentúa con el rompimiento de las burbujas del petróleo y de las materias primas. Hacia adentro de los países la democracia participativa se torna ilusoria cuando se concentra la distribución del ingreso, el trabajo informal se hace crónico, se debilitan las políticas de empleo y de protección social a las poblaciones y, encima de eso, caen los ritmos de desarrollo entre un tercio y un 50% de compararse 1950-1970 y 1980-2010.

En síntesis, la tarea fundamental a futuro, con nuevas ropas, sigue siendo la misma de antaño: acrecentar los márgenes de maniobras, de autonomía, de gobiernos y sociedades para responder a las demandas sociales. La tarea es difícil, cuesta arriba, distinta, pero habrá que emprenderla cuanto antes, como se hizo a raíz de la Gran Crisis mundial de los Treintas.